

## **IV. LAS TAREAS DEL PUEBLO EN LA LUCHA POR LA DEMOCRACIA Y EL SOCIALISMO**

## 1. REFLUJO REVOLUCIONARIO Y OBJETIVOS ESTRATÉGICOS DE LA CLASE OBRERA

El triunfo de la contrarrevolución ha impuesto una situación de reflujo al movimiento popular. La violenta represión política ha desplazado al pueblo de las posiciones de poder ganadas anteriormente, ha deteriorado fuertemente la integridad de los partidos y de todas las organizaciones de masas.

La intensa represión ha tenido relativo éxito creando una correlación de fuerzas real muy desfavorable, que ha obligado al pueblo a replegarse profundamente, limitado en su capacidad de lucha actual. Desde el 11 de septiembre en adelante, la represión fascista ha ido en aumento, y el retroceso del movimiento popular ha debido continuar.

El carácter del período histórico, a escala universal, y el grado de desarrollo de la formación social chilena y sus contradicciones más profundas, plantea la vigencia del socialismo como objetivo a conquistar en un proceso revolucionario cuyo protagonismo principal es la clase obrera. La formulación de la estrategia de la clase obrera debe considerar la dictadura del proletariado, la revolución socialista, como su programa máximo, y definir un programa inmediato de acuerdo al obstáculo principal que se necesita superar para avanzar hacia la construcción del socialismo.

## 2. ELEMENTOS FUNDAMENTALES DE LA ESTRATEGIA DEL PROLETARIADO

Los problemas fundamentales planteados a los partidos de la clase obrera, son definir el carácter de la revolución y las fuerzas

motrices en que se sustenta su desarrollo, y el prever la vía o línea principal del desenlace de la lucha de clases.

Se parte de la base que el derrocamiento de la dictadura requiere, necesariamente, de una revolución en el sentido marxista del término: la ruptura violenta de la superestructura política, es decir, el desarrollo de un proceso que culmine con la destrucción del estado erigido por la dictadura, y su sustitución por un nuevo Estado, que exprese institucionalmente la hegemonía de las fuerzas sociales y políticas revolucionarias sobre el conjunto de la sociedad

El carácter de la revolución está determinado por la contradicción principal que impide el desarrollo de las fuerzas productivas, por las tareas principales que se plantea a la clase obrera en esta etapa del desarrollo del país, en su camino al socialismo. Dicho de otra manera, por la necesidad de enfrentar el poder de los enemigos fundamentales de la clase obrera, que constituyen la traba o dique social a aquel desarrollo. Hay una estricta relación entre el carácter de la revolución (antiimperialista, burguesía monopólica y gran burguesía agraria), y la política de alianzas del proletariado (amplio frente antifascista). A una distinta definición del objetivo principal, corresponde un enemigo principal y una política de alianzas también distintos.

La revolución chilena sigue teniendo un carácter fundamentalmente democrático, antiimperialista y anti monopólico, de tipo muy avanzado y popular. Esto obedece al carácter dependiente y de alta concentración monopólica que constituye al imperialismo, la burguesía monopólica y agraria en el núcleo central, eje de sostenimiento y centro de gravedad de la dominación capitalista del país.

La concentración del poder económico y político capitalista

en este núcleo dominante, y el peso de los restos de formas pre capitalista de producción (pequeña producción mercantil), condiciona una estructura de clase y un sistema de contradicciones tal, que permite agrupar en torno al proletariado no sólo a las capas de la pequeña-burguesía urbana y rural, sino también a las fracciones dominadas de la burguesía mediana y pequeña.

El obstáculo principal que se debe enfrentar hoy para impulsar el desarrollo del proceso revolucionario /y avanzar en su perspectiva socialista), es el poder del núcleo dominante expresado en la dictadura militar y el Estado fascista que ésta construye. El derrocamiento de la dictadura y la destrucción del estado fascista se convierten en el objetivo principal frente al cual el proletariado debe acumular todas las fuerzas posibles, explotando minuciosamente todas y cada una de las contradicciones existentes entre los enemigos principales y el resto de la clase obrera, capas y fracciones de clases.

El derrocar una dictadura, y destruir un Estado totalitario no es necesariamente una tarea socialista. El inmenso poder concentrado por los enemigos principales por medio de la dictadura, exige contar con todas las fuerzas susceptibles de movilizarse, para enfrentarlos y derrotarlos. Si no se elimina ese obstáculo principal, resulta utópico proponerse los objetivos subsiguientes. La dirección que la clase obrera debe asumir en esta revolución es determinante para que la perspectiva socialista no sea simplemente un planteo utópico. No es correcto postular la revolución socialista en esta etapa, en tanto exigiría levantar un programa que planteara la destrucción de todas las formas fundamentales de propiedad burguesa. Ello colocaría al conjunto de las fracciones y capas de la burguesía en contra de la clase obrera, la que no es capaz por sí sola, de derrotar a la dictadura y al poder acumulado de todas las clases y capas no asalariadas. El carácter

de nuestra revolución, no siendo socialista desde el inicio, lleva los gérmenes de su transformación en socialista, en un proceso único.

Las posibilidades de concretar una amplia alianza que explote todas las contradicciones objetivas, dependen de la formulación de un programa que considere las reivindicaciones comunes al proletariado, la pequeña-burguesía y las fracciones no monopolíticas de la burguesía, la democracia política y el desarrollo independiente del país. En torno a estos objetivos se puede movilizar y contar con la fuerza de aliados que no tienen interés por el socialismo, pero que son indispensables para allanar el obstáculo principal de hoy, al curso ascendente de la lucha revolucionaria de la clase obrera.

Tampoco corresponde eludir esta necesidad planteando la lucha por la democracia y el socialismo simultáneamente. Lenin no plantea una lucha simultánea del proletariado ruso contra el Zar y los terratenientes, y también contra la burguesía. Todas las revoluciones de los países dependientes (China, Corea, Vietnam, Cuba) y aquellas que han desarrollado en los países liberados del fascismo (democracias populares europeas), han atravesado por una primera etapa democrática.

El planteamiento correcto de la dialéctica democracia-socialismo es una cuestión de la mayor importancia política. Lenin señalaba en 1921 que ni los anarquistas, ni los pequeños burgueses radicales “casi socialista”, al estilo de los social revolucionarios, ni los reformistas de la II Internacional fueron capaces de comprender esta relación existente entre la revolución democrática socialista.

Cuando más estrecha y brutal se hace la política de dominación del imperialismo y los monopolios, más amplia y flexible y

no más sectaria ni infantilista debe ser la política proletaria.

Todo lo anterior no es en absoluto contradictorio con la posibilidad de subrayar con máxima claridad la perspectiva socialista de la revolución. En relación con las experiencias históricas citadas (China, Cuba, etc.), la revolución chilena tiene un carácter mucho más avanzado, por el grado relativamente de desarrollo capitalista, por la rica experiencia política del pueblo en la lucha, y por grado de crisis a que ha llegado el sistema de dominación durante la experiencia del Gobierno Popular y el agotamiento de todas las alternativas burguesas.

### 3. EL PROGRAMA DEMOCRÁTICO, POPULAR Y ANTIIMPERIALISTA DE LA REVOLUCIÓN

Los elementos básicos del programa mínimo de la clase obrera y el Partido, valido como objetivo estratégico parcial, son el derrocamiento de la dictadura, la destrucción del Estado fascista, la construcción de un nuevo Estado democrático, popular y antiimperialista y la reivindicación de todas las conquistas sociales, económicas y políticas alcanzadas por el pueblo antes de la contrarrevolución.

Los elementos fundamentales para que la victoria popular en la resistencia antifascista sea decisiva, es la modificación sustancial del carácter de clase del Estado, indispensable para reprimir los inevitables intentos contrarrevolucionarios, junto a medidas políticas y jurídicas revolucionarias que garanticen el aplastamiento definitivo de los fascistas y los cómplices de sus crimines.

El nuevo poder revolucionario, no sólo restaurará los derechos democráticos de que el pueblo ha sido despojado, sino que

los ampliará por todos los medios. Será preciso tener en cuenta algunas características de la ideología política de amplias capas medias para consolidar su participación en la alianza. Deben considerarse los conceptos de pluralismo, régimen amplio, de partidos, sufragio universal, etc., que no se refieren al tipo de estado sino que a formas de gobierno. Que no se trata de majaderías reformistas lo demuestra el hecho de que Lenin planteaba el juego democrático de los partidos revolucionarios en el ámbito de los soviets y afirmaba que las restricciones electorales que estableció la revolución rusa “son un problema puramente ruso y no es un problema de la dictadura del proletariado en general”. (“La revolución proletaria y el renegado Kautsky”)

El programa económico, fundamental en la destrucción del poder del capital imperialista, los monopolios y los terratenientes, debe construirse en torno a los objetivos de una economía de transición, con un área social dominante, un área de autogestión y un área privada, garantías para la mediana y pequeña propiedad, control popular organizado sobre la producción y la distribución de la economía etc.

El estado que surgirá de la revolución antifascista será un Estado de Nueva democracia. El frente no debe perseguir la simple restauración del Estado y la organización política democrática-burguesa, destruida por el fascismo. Ello sería volver atrás a una situación superada por la historia.

Se trata de construir una nueva institucionalidad que asegure efectivamente el control por parte de la mayoría del pueblo de la dirección del estado, y que destierre para siempre al fascismo del país. Será necesario destruir para transformar todas las instituciones que el fascismo haya desarrollado y, sobre todo convertir a las FFAA y policiales en instrumentos al servicio del pueblo. Sólo la transformación de las FFAA en instituciones controladas

por el pueblo, garantizará, en último término, el carácter genuinamente democrático del nuevo estado. Por lo tanto, no se trata de restaurar la vieja democracia burguesa, sino de crear una nueva democracia popular, que exprese la dirección del pueblo (de la alianza antifascista) sobre el conjunto de la sociedad.

Democracia Popular en el sentido que garantizará todos los derechos políticos y sociales de las diversas clase y capas del pueblo y demás expresiones políticas. Dictadura popular en el sentido que reprime enérgicamente al fascismo y destruye el poder del núcleo de dominación imperialismo, monopólica y terrateniente.

En suma, tras el derrocamiento de la dictadura, se abre un período de intensa lucha caracterizada por las tentativas de recuperación del poder de los sectores minoritarios contrarrevolucionarios, y por un esfuerzo desesperado por explotar las contradicciones entre el proletariado y los sectores menos consecuentes de la alianza antifascista.

Esta etapa, marcada por la represión y el aplastamiento definitivo del fascismo, impulsada por una alianza del proletariado y capas medias, entre las cuales existe una relación de unidad, pero también de lucha, tiene una dirección y desenlace que depende de qué fuerza establece su hegemonía, en definitiva, sobre el frente político de la revolución.

El carácter del Estado de transición que surge tras la caída del fascismo, es un problema de relaciones de fuerza.

La hegemonía sin contrapeso de la clase obrera se expresará en un estado democrático popular sin configuración institucional acabada, cuya característica esencial la destrucción de los aparatos represivos, la desarticulación de las FFAA y policiales como instrumentos de la burguesía y el control efectivo de la

clase obrera en su reorganización. Se trata de un período inestable, de transición. La revolución adquirirá carácter socialista, planteándose como objetivo programático, la superación de todas las formas de explotación, por métodos indudablemente distintos a los necesarios en la explotación del capital extranjero y los monopolios, pero que expresarán el ejercicio de la dictadura del proletariado.

De darse una hegemonía de la clase obrera limitada por una fuerza considerable de la pequeña burguesía consecuente, se establecería un estado democrático popular con institucionalidad propia desarrollada que expresaría claramente la hegemonía de la alianza antifascista sobre el conjunto de la sociedad. Las FFAA serían depuradas de la influencia fascista y reestructuradas, pero no convertidas en instrumento exclusivo de la clase obrera, quedando bajo control del frente. La perspectiva socialista dependería del fortalecimiento y consolidación del papel dirigente de la clase obrera en proceso.

En el muy improbable caso que se diera una hegemonía pequeña burguesa en la revolución, se generaría un estado democrático, depurado de fascismo con una institucionalidad menos definida y con FFAA reservadas como instituciones apolíticas, por “encima” de las contradicciones sociales, conservando su autonomía y posibilitando la restauración de la vieja democracia burguesa.

En todo caso, con la derrota de los enemigos principales y la destrucción del estado fascista, se iniciará un proceso irreversible de avance hacia el socialismo, garantizado por la nueva institucionalidad e impulsado por el proletariado, a la cabeza de una alianza de clases mayoritarias (no necesariamente idéntica a la que derrocó a la Junta). La posibilidad de la transformación de la revolución en socialista en un período muy corto, depende del

rol dirigente del proletariado en la fase democrática de la revolución. El paso al socialismo será, con toda seguridad, rápido, constituyendo un proceso continuo y único.

En la apariencia de las democracias populares europeas y de las revoluciones china, coreana, vietnamita y cubana, las etapas democráticas y socialistas constituyeron dos fases sucesivas de un proceso revolucionario único, que en todo momento estuvo dirigido por la clase obrera. Una característica importante de tal transformación es que no se produjo un reagrupamiento significativo de las fuerzas de clase. Casi todos los aliados de la clase obrera en la etapa democrática de la revolución, apoyaron el viaje hacia la construcción socialista. Sin embargo, el paso de la revolución de una etapa a otra no fue un proceso exento de contradicciones, sino que se vio acompañado de choques de clases, las cuales, en algún país (Checoslovaquia, en 1948 por ejemplo), llegaron a adquirir carácter agudo.

#### 4. LA POLÍTICA DE ALIANZAS Y LA HEGEMONÍA DE LA CLASE OBRERA EN EL FRENTE

Desde el punto de vista de las fuerzas motrices de la revolución, la orientación estratégica es unir a todas las clases y capas del pueblo que tienen contradicciones objetivas con los enemigos fundamentales. Por cierto, no todos los sectores no-monopólicos no antiimperialistas, tienen contradicciones de la misma naturaleza con ellos, pero, las condiciones políticas y sociales creadas por la contrarrevolución permiten consolidar una férrea alianza entre clase obrera, el subproletariado, y una gran parte de la pequeña burguesía no propietaria y propietaria, y, en torno de este bloque fundamental agrupar como aliados secundarios a al

menos neutralizar a los sectores no-monopólicos de la burguesía, fuertemente golpeados por la política de la dictadura.

La alianza no se producirá espontáneamente ni con facilidad. Es obligación de la clase obrera y sus vanguardias conquistarlas, y ello implica no sólo postular las reivindicaciones y considerar los intereses particulares de cada sector en el programa, sino también conseguir el entendimiento con los representantes y agentes políticos de las diversas clases y fracciones de clases.

La alianza pluriclasista encabezada por la clase obrera encontrará su expresión en el Frente Anti-fascista, donde deben confluir la Unidad Popular, el MIR y la Democracia Cristiana, sobre la base de la hegemonía de su sector democrático y progresista. El desarrollo del proceso unitario y su fortalecimiento conduce a la derrota DC. Frei no es, precisamente, el llamado a encabezar en la alianza antifascista. Su compromiso con los golpistas, antes del 11 de Septiembre, y su fatigosa rastrera búsqueda de ser elegido por el imperialismo como la alternativa menos sanguinaria de Pinochet, lo ubican en el campo de los aliados de los grandes capitales extranjeros y nacionales.

El carácter revolucionario de la alianza y del frente, y el resguardo de los intereses históricos de la clase obrera, está sustentado en el ejercicio de una real hegemonía suya en él. La cuestión del papel dirigente de la clase obrera se convierte, más que nunca, en decisiva para asegurar el avance consecuente de la lucha por el programa del frente.

En el frente popular tienen vigencia los conceptos de unidad y lucha, al agrupar fuerzas sociales y políticas muy diferentes, entre las que subsisten importantes contradicciones internas. De allí la necesidad de conservar la más completa independencia de clase del proletariado y la importancia crucial de su hegemonía,

que depende en lo esencial, del desarrollo de una dirección única proletaria.

Condición básica para ello es pasar a nuevos niveles de unidad en las relaciones socialista-comunista, y consolidar cada vez más estrechamente la alianza con las demás organizaciones de la Unidad Popular.

Para asegurar la dirección proletaria del frente es imprescindible que los partidos populares superen sus deficiencias orgánicas, ideológicas y políticas. La responsabilidad fundamental corresponde a los partidos Socialista y comunista, vertientes históricas de la clase obrera chilena. Sobre la base de la enseñanza de los éxitos y fracasos anteriores, es posible construir una línea justa. Esta tarea revolucionaria fundamental, la crítica y la auto-crítica, debe realizarse desde el interior del movimiento popular y de los partidos obreros, en particular, al calor de los nuevos combates librados contra la dictadura fascista. Es una pretensión absurda intentar hacer tabla rasa de la rica experiencia de los partidos de la clase obrera y creer mecánicamente que ellos no tienen vigencia postulando su reemplazo por pseudo-vanguardias “puras, sin pecados originales”,

La calidad de partidos revolucionarios se demuestra también por el conocimiento franco de sus propios errores y su superación. Esta actitud es comprendida y respaldada por los sectores conscientes de la clase obrera, y sólo de esta manera se reconquista plenamente su confianza.

Conviene reiterar una vez más la importancia fundamental que tiene la unidad socialista-comunista, por el papel histórico del Partido Comunista, partido obrero revolucionario, y hacer presente la necesidad de una fraternal crítica mutua.

El Partido Comunista es un Partido ligado históricamente al

desarrollo del proletariado chileno, prioritariamente a su núcleo minero-industrial, y al movimiento internacional, desde su misma fundación. Ha sido una fuerza inserta vitalmente en las luchas del movimiento popular, contribuyendo poderosamente a su organización y desarrollo ideológico. No es por casualidad que se reconoce en la clase obrera un alto grado de maduración política. Esta tarea la compartido con el PS, que se ha incorporado hace ya 41 años a los combates populares.

Sin pretender hacer un análisis histórico, tarea que las direcciones del movimiento popular tuene pendientes (que explique la existencia de dos partidos revolucionarios con decisiva influencia en la clase obrera<sup>9</sup>, parece necesario señalar con ánimo unitario y constructivo algunas de las debilidades observables en el trabajo política y de masas del PC, especialmente durante los tres años últimos.

El proletariado consciente es organizado, disciplinado y firme, pero muy apegado a las fórmulas tradicionales de organización y lucha de masas. Dada la línea principal del desarrollo de la lucha de clases, centrado en las formas electorales, el proletariado chileno carece de la vigencia de la combinación de variados métodos de lucha en período corto de tiempo (a diferencia del proletariado ruso, por ejemplo). Esta limitante afectó de manera importante el desarrollo de la lucha de masas en las nuevas condiciones generadas por la victoria de la UP. Los métodos de lucha a través de los cuales nuestra clase obrera y el pueblo lograron grandes éxitos de carácter económico-social y en sus derechos políticos, fueron sobrevalorados en sus posibilidades históricas por el Partido Comunista. La lucha económica y electoral, como instancias fundamentales en las batallas de los trabajadores en el pasado, en el seno del P.C. adquirieron dimensión excluyente. La posibilidad de una vía pacífica, o no armada, fue magnificada, lo

que redundo en ilusionismo y en errores fatales de apreciación del carácter de clase de las instituciones democrático-burguesas. En gran parte de su masa militante, tal concepción era absolutamente predominante.

Si para los infantilistas de izquierda la cuestión del enfrentamiento violento constituía el tema único, primero y último de la lucha de clases, para el Partido Comunista, por contraposición, estaba marginado o era eludido de un análisis específicos y oportunos. Esta actitud fue además, por sí misma orientadora para los cuadros medios y militantes de base comunista. El PC tendió a sobrevalorar los aspectos tácticos, sin resolver siempre correctamente la ligazón de la táctica con la estrategia. Respecto al problema de la alianza con las capas medias, el PC mantuvo una política ajustada al Programa, pero perdió de vista la necesidad de construir esta alianza desde posiciones de fuerza, extremó su cautela y no impulsó con decisión el desarrollo de las nuevas formas de organización popular. Reflejo de ello, la CUT tuvo un insuficiente desarrollo de su trabajo organización y de masas, y no cubrió adecuadamente los requerimientos que imponían las nuevas circunstancias. De allí, debilidades serias en la participación, falta de control respecto a los interventores y de la burocracia estatal, casi nulo trabajo en los Comités de Vigilancia del Area Privada (gérmenes de control obrero, que hubieran permitido combatir el boicot patronal e imponer metas económicas del Gobierno Popular), mala ligazón con sus organismos intermedios, deficiente desarrollo de la organización base territorial de la CUT que hizo de los cordones caja de resonancia de corrientes anarquistas y aventureras, a excepción de donde existía previamente organización de la CUT.

Además, el PC no ha demostrado una comprensión adecuada de la especificidad histórica del partido Socialista, su arraigo

obrero y de masas, su acceso a sectores sociales que no se identifican con el PC. De la incompreensión del perfil y personalidad históricas del Partido Socialista, se desprende el sectarismo en la base, pese a las reiteradas declaraciones acerca de la importancia de la unidad.

Por cierto, en todos los problemas anotados existe una cuota de responsabilidad compartida que se analizará más adelante.

El valioso aporte de cada uno de los demás partidos de la Unidad Popular debe contribuir a canalizar la adhesión a posiciones revolucionarias de grupos o capas sociales no interpretadas por socialistas ni comunistas.

Por otra parte, el MIR, expresión política de un sector de la pequeña burguesía revolucionaria, debe aportar a la lucha antifascista, pero es indispensable que manifieste una actitud responsable y efectivamente unitaria. En el MIR priman concepciones incorrectas en el plano programático, incapacidad para comprender el carácter de la experiencia de la Unidad Popular, excesivo voluntarismo y subjetivismo que impregnan su política, lo que a su vez lo conduce a estimular políticas aventureras, que sectarizan su trabajo. Sigue desconociendo sus graves errores y su débil inserción en la clase obrera, que no justifican su chovinismo partidario extremo y sus pretensiones vanguardistas excluyentes.

## 5. EL PROBLEMA DE LA VÍA REVOLUCIONARIA

El derrocamiento de la dictadura sólo será posible en la medida en que el frente anti-fascista logre acumular más fuerzas que el fascismo, en todos los planos, políticos, social, ideológico y militar. Las formas que asumirá el enfrentamiento de fuerzas

decisivo, no pueden delimitarse con precisión ahora, cuando aún no se logra prever con claridad la evolución probable de algunos factores tan esenciales como el grado de aislamiento político de la Junta, las contradicciones al interior de las FFAA, la capacidad de manejo de la situación económica, el desarrollo de la alianza en el campo popular, la capacidad de sobrevivencia y desarrollo del movimiento de masas y los partidos, la capacidad de desarrollo de la autodefensa popular frente a la represión, etc.

Sin embargo, es ineludible la definición de la vía de nuestra revolución. El prever la línea principal del desenlace de la lucha de clase, no significa en absoluto negar la flexibilidad táctica, ni la necesidad de preparación adecuada para desarrollar todas las formas de lucha.

La vía es una previsión estratégica posible, indispensable para la vanguardia no sólo en condiciones de situación revolucionaria inminente, sino durante los diversos estados de desarrollo de la lucha revolucionaria. Renunciar a una formulación acerca de la vía, significa en la práctica caminar a ciegas, arriesgar a encontrarse inesperadamente en presencia de una situación revolucionaria que exija una capacidad de lucha no desarrollada oportuna y seriamente.

En la revolución rusa, la vía estaba planteada por Lenin ya desde “Dos tácticas” (1906), y, aunque hubo en la práctica variaciones importantes, perspectivas nuevas (como la que se abrió entre febrero y octubre de 1917, con la consigna de “Todo el poder a los soviets”, y la posibilidad del tránsito pacífico), en lo fundamental su curso siguió los alineamientos previstos por los bolcheviques. Aún más, en “Dos Tácticas”, Lenin plantea la insurrección como vía posible y deseable de la revolución rusa, para demoler el aparato estatal y facilitar el pasaje a la revolución socialista.

La determinación del carácter de la vía depende de múltiples factores, situación internacional (carácter de la época, correlación de fuerzas internacional, situación de flujo o reflujo revolucionario), situación regional, situación interna (formas de dominación de clase, características del aparato estatal y sus instrumentos represivos, desarrollo de la ideología, extensión de la lucha política, correlación de fuerzas real y su evolución probable, etc.)

En una primera aproximación, se puede afirmar que, aunque en importantes períodos de la resistencia antifascista se emplearán principalmente métodos no armados, y aunque el factor esencial de la acumulación de fuerzas para derribar o la dictadura será la lucha política y de masas, en la fase final de la lucha, las formas de lucha armada tendrá una importancia decisiva.

Las condiciones generales de desenvolvimiento de la resistencia popular a la dictadura popular a la fascista, permiten descartar las líneas que ponen en primer lugar la actividad conspirativa y la lucha de élite, y no el combate de las masas populares, llámese foquismo, guerrillerismo urbano o rural, etc. Tampoco existen condiciones propicias para el desarrollo exitoso de una guerra popular de curso prolongado con liberación de zonas parciales del país.

La forma más probable de derrocamiento de la dictadura es la insurrección armada, definida por Lenin como “aspecto particular de la lucha política” en que confluyen simultáneamente todos los factores de la crisis del sistema de dominación, llevada a su último extremo por el ascenso acelerado de todas las formas de lucha política, económica, ideológica de masas y se pone a la orden del día el levantamiento armado de las fuerzas populares para tomar el poder.

El desencadenamiento de una insurrección con perspectiva de

éxito requiere de un conjunto de condiciones políticas, sociales y militares. Desde el punto de vista política y social, la condición fundamental es el aislamiento y la debilidad extrema de la dictadura, su incapacidad manifiesta de resolver los problemas del país, el desarrollo de una gran movilización de masas, y un estado subjetivo de confianza de las masas en sus fuerzas y en su dirección política. Desde el punto de vista militar se requieren dos condiciones simultáneas: el desarrollo de la capacidad militar y paramilitar de las masas-especialmente obreras- que les permitan copar y defender los centros vitales de la economía en las zonas estratégicas del país y, la existencia de una fracción de las FFAA dispuestas a combatir a la dictadura. Por último, el desencadenamiento de una insurrección requiere una sólida y eficiente dirección que centralice la conducción del movimiento de masas, del frente político y de los sectores antifascistas de las fuerzas armadas.

## 6. ACERCA DE LA TÁCTICA

Una cuestión es la definición clara sobre el camino más probable de la revolución (problema estratégico), y otra distinta, la enunciación e la táctica, que no tiene por que explicarse en todas partes.

Algunos aspectos esenciales de la táctica del movimiento popular en la resistencia antifascista son la combinación de todas las formas de lucha, de acuerdo a las condiciones concretas que se presenten, la sustentación de la resistencia en el inmenso desarrollo del movimiento de masas, y la ligazón de todas las reivindicaciones parciales de los diversos sectores y capas del pueblo con los objetivos programáticos de la etapa actual. Se debe partir

de la base que la primera fase es de reconstitución de vanguardias políticas del pueblo, de reorganización y de activación del movimiento de masas.

Después de los recios y graves golpes recibidos, el movimiento Popular debe reagrupar sus fuerzas, lograr que se agrupen de nuestro lado todos los descontentos con la política de la Junta y crear las condiciones orgánicas y políticas para impulsar una lucha ascendente que conduzca a una situación revolucionaria.

Lo prioritario hoy día, es preservar las fuerzas, del pueblo, acrecentarla considerablemente y mantener iniciativas políticas que demuestren que no está vencido, que den confianza a las masas y que abran camino a combates decisivos.

Las vanguardias populares deben movilizar todos los recursos a su alcance para combatir el inmenso poderío ideológico-publicitario de la dictadura. Se necesita educar al pueblo para defenderse de la represión, agitar todos los problemas sentidos por las masas, desenmascarar al régimen, convencer a los vacilantes, denunciar a los traidores, combatir el quietismo y multiplicar todas las formas de resistencia.

El movimiento popular no parte de la nada y por tanto no puede convertir la resistencia antifascista en una simple actividad conspirativa. La fuerza del movimiento de masas ha sido muy deteriorada, pero proporciona la base más sólida para la lucha contra la dictadura. Una tarea de la mayor importancia es la reconstrucción del movimiento sindical y de la organización campesina, donde la dictadura ha combinado la represión criminal con pretensiones de control de un sector atrasado y desclasado de masa asalariada.

Las vanguardias del movimiento popular deben orientar la lucha que se manifiesta casi espontáneamente en los sectores

poblacionales, donde más pesan los efectos de la crisis económica y cesantía. Es vital combatir con éxito los intentos de la dictadura fascista de influir sobre el sector femenino de la población, a través de organizaciones oficialistas y de la intensa presión ideológica. Es importante también encauzar la resistencia de la juventud estudiantil y los sectores intelectuales, portadores de una profunda vocación democrática y libertaria, que deben convertirse en aliados importantes de la clase obrera en la lucha antifascista.

El movimiento popular debe resolver correctamente la actitud frente al personal de las FFAA, valorando las contradicciones que se dan entre sus niveles de mando superior, oficiales, suboficiales, personal de planta y conscriptos, las contradicciones entre ramas y, principalmente, las contradicciones políticas entre el sector fascista, dominante a nivel de los mandos, y los elementos conservadores no fascistas. “profesionalistas”, e incluso progresistas que vienen de vuelta de su actitud de conciliación y tolerancia con el fascismo. El pueblo debe comprender que incluso en el interior del aparato represivo, tiene y puede ganar aliados. A corto plazo hará crisis la contradicción entre la descarada política pro imperialista de la Junta (indemnización a las empresas del cobre, instructores yanquis y brasileños en los cuarteles, etc.) y el pretendido nacionalismo antiimperialista de algunos oficiales y sectores de la oficialidad.

El problema inmediato más importante es concretar la agrupación de fuerzas sociales, dándole forma al frente antifascista. Las reivindicaciones comunes que permiten agrupar fuerzas deben recogerse en un Programa de acción inmediata que proponga:

a) La defensa y garantías de respeto a los derechos humanos, sistemáticamente atropellados por la dictadura. Fin al estado de guerra interna.

b) La restitución de todas las libertades públicas y derechos políticos, cancelados por la Junta. El respeto a los derechos sindicales ya todas las organizaciones del pueblo.

c) La defensa del nivel de vida de las masas, con reajuste proporcionales a la inflación desatada, y restitución de todas las conquistas sociales de los trabajadores.

d) La defensa de la independencia y la soberanía nacional, amenazada por la penetración imperialista amparada y alentada por la Junta.

En base a este programa inmediato, las vanguardias de la clase obrera pueden aislar política y socialmente a la dictadura, y construir el Frente antifascista.